

Gregorio, L. (2020). *La escuela no es un parque de atracciones. Una defensa del conocimiento poderoso*. Barcelona, Ariel, 410 pp.

En 2019, Gregorio Luri se propuso aunar en este ejemplar sus ideas en torno a un tema preocupante en el sistema educativo actual: las metodologías innovadoras. El libro se divide en tres partes. La primera trata la racionalidad pedagógica, que dista de ser materia objetiva. La segunda defiende el conocimiento poderoso. La tercera, más propositiva, sugiere el método educativo preferido del autor, justificado por el contexto actual de capitalismo cognitivo.

Sin intención de profundizar en un resumen detallado, conviene subrayar algunas de las ideas generales de la obra, para así comprender las reflexiones que se extraen directamente de su lectura. Por un lado, Luri pone entre paréntesis la “racionalidad pedagógica” de las metodologías hegemónicas en el panorama educativo actual. La escuela no debe evaluarse solamente a sí misma, sino que necesita criterios objetivos que permitan extraer juicios y reflexiones sólidas. Las metodologías innovadoras, como el aprendizaje por proyectos o la gamificación, ni son realmente innovadoras, ni tienen tanto de metodología: los estudios empíricos no arrojan datos concluyentes sobre su efectividad.

Por otro lado, en el contexto de capitalismo cognitivo que vivimos, en la época del *Just Google It*, conviene defender el conocimiento poderoso, aquél que se considera obsoleto e indicador de una metodología arcaica y conservadora. Un pensamiento crítico, que permita manejar la información, no se consigue fomentando únicamente el *know how*. Para ser un crítico, y no meramente un criticón, se ha de ser crítico de algo. Y para ser crítico de algo es necesario contar con un conocimiento amplio y profundo sobre la materia. Los castillos no se construyen en el aire, sino con ladrillos y desde el terreno. Así, es necesario adquirir conocimientos poderosos para aprender a razonar y emitir juicios fundamentados, además de ampliar contextos y crecer personalmente, fomentando el valor moral del aprendizaje.

La última parte del libro se dedica a defender el modelo de enseñanza que considera más adecuado en el contexto del capitalismo cognitivo: la instrucción explícita. En la era tecnológica actual, dónde el capital cotizado se ha metamorfoseado en conocimiento, es este mismo enfoque el único que abre salidas al sujeto en la sociedad. Para evitar una oligarquía basada en la *smart fraction*, esa pequeña parte de la población que cuenta con inteligencias superiores y capacidades de trabajo suprahumanas, es necesaria una sociedad dotada

de riqueza cultural que pueda estar a la altura del capitalismo cognitivo, y así controlar las acciones de esta aristocracia intelectual, y también la superación tecnológica de las máquinas. Se trata de no avanzar hacia la tendencia capitalista que incita a abrazar el antihumanismo.

En primer lugar, uno de los aspectos más destacables del libro es la solidez argumental. Es esperable que, aunque no siempre el caso, en un libro en defensa de la adquisición de conocimientos puros y sólidos, apoyados por evidencia, la misma argumentación cuente con una amplia base bibliográfica, contrastable y fiable. En *La escuela no es un parque de atracciones* no hay una sola afirmación sin precedente o apoyada en fuentes dudosas. El manejo de una amplia y variada bibliografía por parte de Luri es algo que no deja a ningún lector indiferente. Cita obras de pedagogía, pero también de psicología, literatura, e incluso economía, llegado el tema del capitalismo cognitivo. No hay teoría que mencione sin demostrar un manejo suficientemente profundo. Es meritorio, y cuanto menos coherente, el hecho de que su defensa del conocimiento poderoso se refleje en su propia obra, que convence al lector por su capacidad y fuerza argumental, basada precisamente en los principios que él mismo promueve: conocimiento, capacidad lingüística y, por tanto, capacidad crítica.

En segundo lugar, a pesar del fuerte carácter crítico que acompaña la obra, no le falta una parte propositiva. Si bien, es cierto que el autor se muestra altamente descontento con las metodologías innovadoras que dominan la educación, no se limita a protestar sin proponer. A la parte negativa, se le suma la positiva con la invitación a la instrucción explícita, método que sí que se muestra avalado por datos de estudios pedagógicos y que parece efectivo en una minoría de escuelas que lo llevan hasta sus últimas consecuencias.

En tercer lugar, es interesante su defensa de las humanidades. En un mundo dónde todo está orientado a lo material, a las STEM y a la técnica, las humanidades también necesitan tener su papel: el progreso e innovación material, y su consecutiva producción, es tarea de las gigantes tecnológicas, pero lo que es necesario en el plano material y lo que es necesario en el plano político, moral, social no tienen por qué coincidir. Y aquí es dónde deben entrar las humanidades, para ordenar y poner límites a lo estrictamente material.

Es menester de la escuela lograr que los estudiantes pierdan su ansiedad matemática, que saquen el máximo partido al tiempo escolar, que cuenten con el mejor clima posible, que desarrollen un pensamiento crítico fundamentado, que

adquieran competencias y, por tanto, que sean competentes y competitivos para la sociedad futura. Y lo es para todos los estudiantes, independientemente de su nivel socioeconómico, porque en la escuela está la clave para la equidad. Es necesario que aprendan a leer, y a hacerlo comprensivamente. Porque la dificultad de comprensión es un síntoma de ausencia de conocimiento.

Porque el fracaso escolar es, en definitiva, fracaso lingüístico.

Carlota García Llorente

Universidad Complutense de Madrid

Correo: Carlot26@ucm.es

Este trabajo ha sido financiado por el Ministerio de Universidades a través del Programa de Formación del Profesorado Universitario (FPU19/00037)